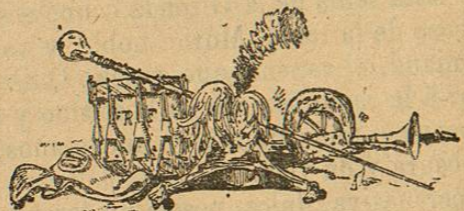


idea fija. Parecía hallar en las praderas, en los valles, el alma de su esposa.

Roland sacó un dardo, y apoyándolo sobre un roble se atravesó. En sus ropas se encontró un papel que decía: «Respetad los restos de un hombre virtuoso.» Hasta sus adversarios le han estimado, incluso Robert Lindet.

Al público no llama la atención el final de los Girondinos. La Gironda era un organismo caduco. El día 8 murió madama Roland, pero el 7 para sus vencedores los jacobinos, quedaba por resolver una cuestión tan desconocida para ellos, como para los Girondinos.



LIBRO XI

CAPITULO PRIMERO

La revolución política no era nada sin la revolución religiosa

Aspectos en la revolución.—Impotencia de los girondinos y jacobinos.—Cloutz y Chgumette.—Reaistros de la Comuna.—Inspiraciones humanitarias.

El fundador de los Jacobinos Adrien Duport, tuvo una frase genial. A cuantos deseaban una revolución á la inglesa les decía: «Trabajad por lo más hondo del alma.»

Saint-Just había sintetizado su opinión en la siguiente forma: «Los que hacen las revoluciones á medias se construyen sus propias tumbas »

Estas palabras no solo se aplicaban á los revolucionarios, si no á los dos partidos razonadores.

A los girondinos, á Vergniaud, á madama Roland.

A los Jacobinos, á Robespierre, á Sain-Just mismo.

Girondinos y jacobinos no fueron más que polemistas políticos, los lógicos de la Revolución, más ó menos consecuentes. Poco distanciados en sus principios forman como la escala de la revolución política.

El más avanzado, Saint-Just, no osa tocar la religión, ni la educa-

ción, ni el fondo mismo de los destinos sociales; apenas se entrevé lo que opina de la propiedad.

Esta revolución superficialmente política, corriera mucho ó poco debía de caer en el abismo.

¿Por qué? No está sostenida ni á izquierda ni á derecha por lo más poderoso, por la revolución religiosa.

Esta le faltaba para asegurarse, para encontrar su sostén.

Una ley de la vida es que esta disminuye si no aumenta.

Una ley de la Revolución era su muerte, porque no aumentaba el caudal de las ideas vitales que le había legado la filosofía de su siglo. Realizaba en sus instituciones una parte de sus ideas, pero faltaban las nuevas. Fecunda en leyes, estéril en dogmas.

La ley es el modo de acción, la rueda. Pero ¿qué fuerza le da movimiento? Los dos partidos olvidaron los dogmas.

El furor de los bandos no les permitía ver la cantidad de vida que tenían sus doctrinas. Unos y otros ardientes escolásticos diferían más que por otra cosa por no haber estudiado el fondo de lo que les separaba.

Los dos genios de la Revolución, Mirabeau y Danton y su gran hombre Robespierre, no tuvieron tiempo para meditar acerca del carácter de la Revolución que debían convertir en una creación.

Bajo pena de muerte esta Revolución debía de codificar el siglo XVIII; pero no hacer esto solamente, si no darle vida.

Debía demostrar que su negación de una religión arbitraria contenía la afirmación de la justicia igual para todos; demostrar que la negación del privilegio de la propiedad contenía la afirmación de la propiedad no privilegiada, si no extendida á todos.

He aquí lo que la revolución debía á su ilustre padre el siglo XVIII.

La revolución reserva precisamente las dos cuestiones en las que existían los gérmenes de la vitalidad. Cerró la iglesia, pero no creó otro templo. Cambió la propiedad de manos, pero continuó el monopolio. Lo explotó el usurero disfrazado de patriota en sus agios con los bienes nacionales.

¿Qué remedios? La represión individual, la severidad, viejos moldes de gobierno, fueron ineficaces. Por la fuerza se había de cambiar la savia. ¿Y quien la podía dar? La aparición de una idea dominante y soberana que creara un nuevo hombre, un nuevo pueblo, neutralizando, matando todo lo gastado, lo caduco, lo anacrónico ó infundiéndolo á las almas un regenerador soplo de energía, de salud.

Todo debía refundirse. Dogmas viejos, religiones, propiedad, el hombre, la naturaleza. Esa es y será la única revolución.

Los girondinos no hicieron nada, ni aun supusieron que había algo que hacer.

Los jacobinos no hicieron más que juzgar. Mostráronse incapaces de crear.

Los cordeleros intentaron. Solamente que, como estaban en permanente insurrección, lo que ensayaban no producía fruto alguno. El solo partido que parecía capaz de remover los cimientos de la Revolución era el que más se había demostrado como infecundo.

Como foco de anarquía los cordeleros contuvieron todo elemento, lo que la Revolución tuvo de mejor y de más malo.

La mezcla causa horror y los jacobinos lo acaban con todo.

Lo que en los Jacobinos (verdadera sociedad) aparecía suavizado, en los Cordeleros alcanzaba una forma dura y cruel.

El ángel negro de los Cordeleros estaba en el desatentado Ronsin, en Hebert, enmascarado bajo el nombre de *Pere Duchesne* y en el pequeño tigre Vincent.

El ángel blanco de los Cordeleros fué el infortunado, el inocente Anacarsis Clootz, el orador del género humano, el nombre del Rhin, hermano de Beethoven, francés por adopción.

Entre el ángel negro y el blanco se agitaban el bueno y el malo espíritu, como entre Hebert y Clootz se agitaba Chaumette.

Este fué muerto por su buen genio, por la influencia que sobre él ejerció Clootz. Una vez pretendió ser humanitario y fué muerto.

Es curioso el maridaje de estos dos hombres tan diferentes.

Clootz, como todo alemán, llegaba del fondo del panteísmo, de la naturaleza, del infinito.

Chaumette, como todo francés (y aun los de pobre origen), partía del individualismo, del yo filosófico convertido en aventura palpitante, cotidiana. Era el azar.

Una cosa les unía y era lo que ellos aborrecían en la Gironda, el espíritu descentralizador.

La generosidad de Clootz, su ardiente amor á Francia, donde fué llevado desde niño, le hicieron olvidar su patria. Era francés. Miraba el Rhin como un futuro departamento de la República francesa. En fuerza de amar á Francia era descentralizador de Alemania. Chaumette era lo contrario. No tenía que descentralizar ninguna patria extranjera: no conocía más que París. Era la voz, el agradable órgano del caos de la Comuna. Este caos en su boca era una armonía. Su vida era la vida municipal. Todos sus gritos contra los descentralizadores se convertían en provecho de la Comuna, que para él lo era todo. ¿El todo? ¿Es acaso Francia el todo? ¿Para Chaumette todo el mundo era París!

Sobre este terreno, pues, se encontraron el hombre de mundo, Anacarsis y el hombre municipal, Chaumette.

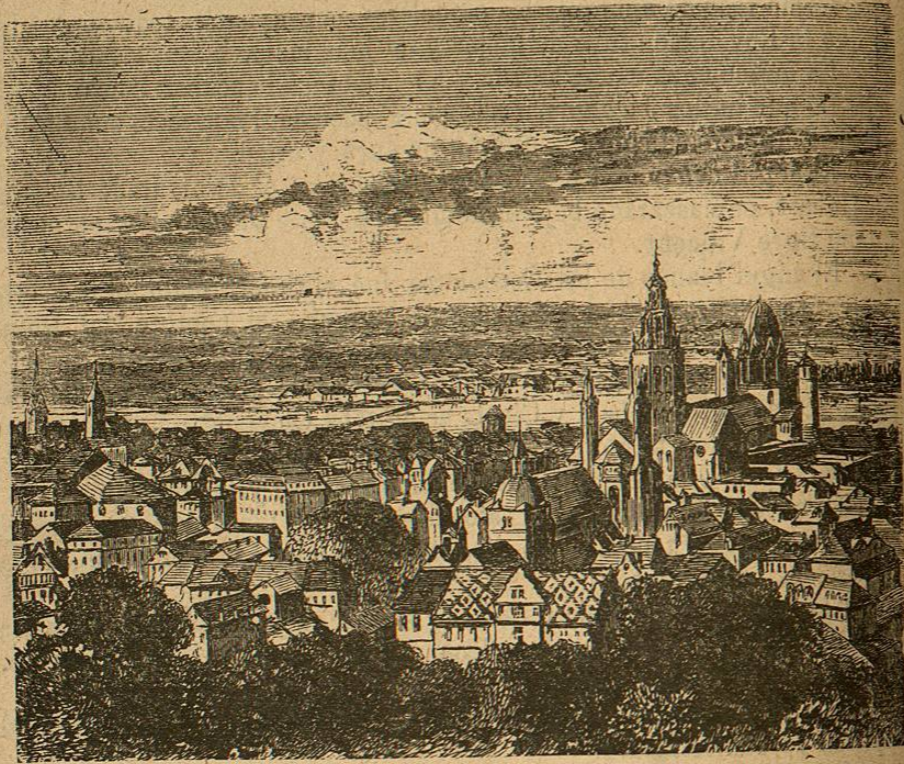
Se han impreso algunas páginas del registro del Consejo general de la Comuna, las que recuerdan de las grandes jornadas de la

Revolución. Para conocer bien á la Comuna hay que estudiarla en momentos más tranquilos.

Abramos estos registros en Noviembre del 93 y penetremos en la horrible, en la sanguinaria Comuna como la llaman los historiadores.

Un niño de once años es maltratado por su madre. Pide trabajo. La Comuna se encarga de proveer de lo necesario (19 Brumario).

Adopciones de niños se presentaron á cada instante.



MAYENCE.

Adoptar á un viejo, cosa rara hoy, se encuentra á cada paso en la historia de la Comuna.

Los cadáveres de los ajusticiados, que los bárbaros cometen la infamia de despojar, serán inhumados en presencia de un comisario de gobierno (17 de Brumario).

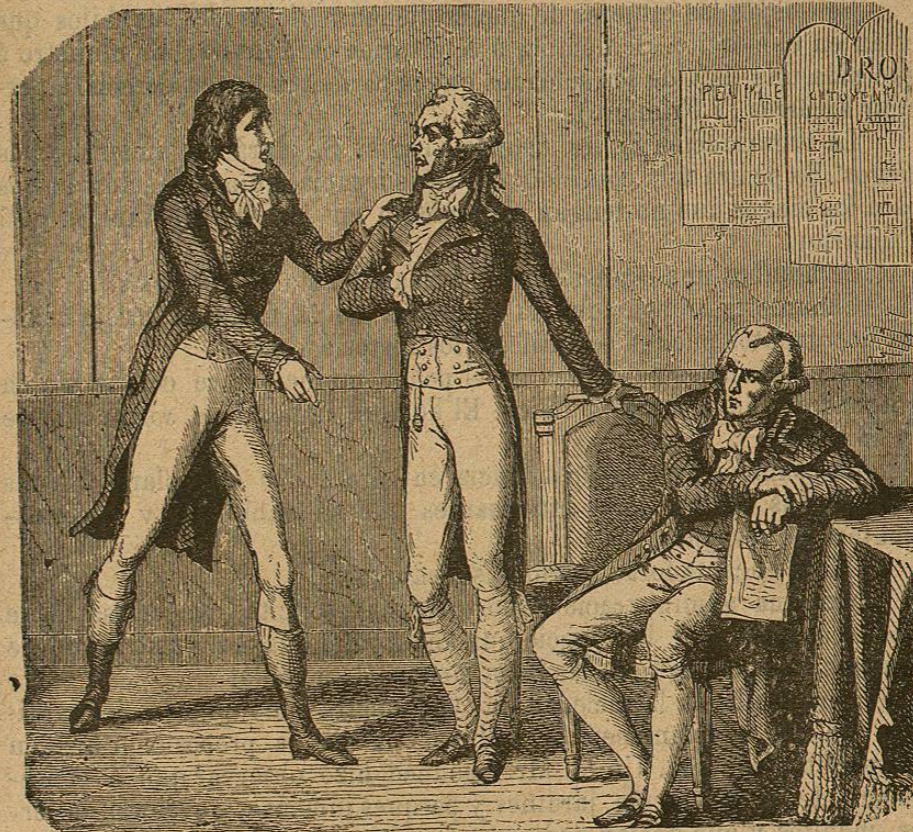
En Bicetre y los demás hospitales se separarán de los enfermos á los locos y á los epilépticos (17 de Brumario).

En la Salpetriere se destruirán las celdas inmundas que han habitado hasta ahora las locas. Se mejorará el alojamiento de los locos de Bicetre (21 y 26 de Brumario).

Se tratará con especial solicitud á las mujeres en cinta. Se les

arreglará un local aparte (el de la Misión y más tarde el Arzobispado.) Se colocará sobre la puerta la siguiente inscripción: «Respetad á las mujeres embarazadas. Ellas son esperanza de la patria.»

En las ceremonias públicas se observa que á las mujeres embarazadas, á los viejos se les protege contra los empujones de las muchedumbres.



Un hombre en tres partes: Robespierre, Chouthon y Saint-Just. (Pág. 249)

Violenta diatriba de Chaumette contra las loterías y las mujeres públicas. Se declara responsables á quienes las alojan (24 de Brumario).

Se cerrará el teatro de la Montaigne del Palais-Royal, por temor á que quemé la Biblioteca nacional que se halla enfrente (24 de Brumario).

La sección de la Buena-Nueva pide que su biblioteca permanezca abierta todos los días.

La Comuna pone una guardia de diez hombres en el Museo del Louvre (la misma fecha).

Pide á la Convención que suspenda toda restauración de cuadros y que se abra un concurso para este objeto (13 Frimario).

Una sección solicita que se escriban libros de educación para la niñez. La Comuna lo hace ante la Convención (28 Brumario).

Se emplearán los medios para alojar á los indigentes, á los inútiles, á los viejos; se empleará á los mendigos útiles en beneficio de la República y en su propio interés (1.º Frimario).

Se quejan las mujeres de que no tienen noticias de sus hijos que están en el ejército. Se nombra á comisarios para invitar al ministro á que pida una lista de los soldados cuyos parientes tienen derecho á percibir socorros (7 Frimario).

La organización de los Quinze-Vingts. Se dará alojamiento á los ciegos. Se pedirá á la comisión de Beneficencia quince sueldos diarios para los ciegos que no tengan alojamiento en los Quinze-Vingts. (16 Frimario).

Se nombra una comisión para formar la lista de enfermos.

Chaumette propone que la biblioteca de la Comuna recoja cuantos documentos puedan ser útiles á los historiadores.

Las sociedades populares y el poder municipal se convierten en guardadores de la moral pública. El hombre inmoral es *sospechoso de aristócrata*.

La comisión de correspondencia entregará dos ejemplares á todas las comunas de los libros interesantes que se publiquen y especialmente á los hospicios.

¡Ideas encantadoras, hermosas, seductoras!

Ninguna administración mostróse más solícita, más celosa, ni se preocupó tanto por la especie humana. ¡Ojalá la administración de nuestros tiempos siguiera las inspiraciones de aquella!

Se repite hasta la saciedad que Chaumette pidió que en los jardines públicos se plantasen legumbres. La misma proposición hizo en Nantes un girondino. Un tal Mr. Laënnec hizo observar que á consecuencia de la emigración, jardines y parques inmensos quedaron desiertos, incultos y que debían dedicarse al cultivo de plantas alimenticias. Esta juiciosa observación fué reproducida en París por Chaumette. En lo que se refiere á los jardines de los paseos nos parece algo exagerada, pero es una frase muy hábil para calmar al pueblo, muy soliviantado entonces.

Los lectores que mediten acerca de los documentos á que antes hemos hecho referencia llenarán su alma de grandeza ante las decisiones del poder más popular quo hubo jamás.

Detengámonos solo en un acuerdo. Enviar los libros especialmente á los hospicios, es decir, á los centros donde hay más tiempo para leerlos, enviarlos á los pobres enfermos y desocupados que se mueren de hastío es algo así como decir: «Si tus parientes te olvidan, tu buena madre la Comuna de París se acuerda de tí. Viene á visitarte por el es-

crito que te envía... ¡Pobre hombre olvidado del mundo! Allí tienes la luz universal. Ella está en contacto contigo. Te falta la salud del cuerpo y te doy un asilo, Te falta la salud del alma y te doy un libro.»

¿Donde se encuentran cosas semejantes? El que ame al pueblo, el que lo respeta leerá esto conmovido.

Cloutz decía piadosamente cuando hablaba de las cosas superiores «¡Nuestro Señor el Género Humano.!»

